

castillo llevando alguna idea del lujo de M. Levrault. Así es que volviéndose á Gaston, le dijo con amabilidad:

—Mi padre, caballero, no me perdonaría nunca el que lo dejara á V. marcharse de ese modo, y quizás cobraría aversión á V. mismo por haber evitado que le expresase su gratitud por la acogida favorable que he debido á la señora marquesa. Yo no he tenido reparo alguno en descansar en el castillo de la Rochelandier; de consiguiente, caballero, tampoco debe tenerlo V. en hacer otro tanto en el castillo de la Trelade; mi padre tendrá también un placer infinito en conocerle y en oír de su boca las lisonjeras palabras que la señora marquesa ha encargado á V. que le dijera en su nombre.

Gaston no parecía muy convencido que digamos de la necesidad de cumplimentar al improvisado magnate.

Laura, sin embargo, redobló sus instancias, y embebidos en este ligero debate, llegaron á la verja del castillo.

## V

Por la manera con que M. Levrault había insistido en que el vizconde se quedase en la Trelade, éste comprendió al punto que estaba tocando el momento decisivo. Efectivamente, el gran fabricante se había levantado aquel día de la cama, prometiéndose que no llegaría á la noche sin ver coronadas sus esperanzas, y en esta atención había resuelto para precipitar el desenlace obrar con Montflanquin como Mahoma con la montaña: en otros términos; hallábase dispuesto á encajarle su hija y sus talegas. De suerte que el bueno de Gaspar, como llevo dicho, iba á lograr sus fines. Cerca de dos meses hacía ya que le estaba dando en las narices el grato olorillo de los millones de M. Levrault; pero en vez de aparentar deseos ávi-

dos de atraparlos y de exponerse, por ir demasiado de prisa, á que se le escurriesen de entre los dedos como una anguila, habia preferido esperar, con el objeto de asegurar el golpe, á que ellos mismos se le viniesen á la sartén. El vizconde, pues, se hallaba ya muy próximo á gozar de este espectáculo, sólo y único, segun creo, en los anales de la pesca.

Despues de asegurarse de que Laura se dirigia hácia Clisson, y daba la espalda al castillo de la Rochelandier, el bueno de Gaspar se volvió muy tranquilo á incorporarse con M. Levrault, que se habia quedado bajo los árboles del parque. El padre de Laura habia pasado la noche combinando las maniobras que habia de emplear para traer á Montflanquin á verdadero mandamiento, porque el pobre fabricante desconfiaba mucho de su destreza y habilidad; ¡tanto temia el que se le escapase su presa! Para preparar el camino, y hacer al vizconde puente de oro, empezó por hablarle de sus proyectos con la mayor amabilidad. Díjole que sus sueños dorados eran casar á su hija en Bretaña y comprar una gran posesion en las cercanías de la Trelade; que el país le agradaba en extremo, que el marido de Laura tenia que ser noble imprescindiblemente; pero que en cuanto á su fortuna, por modesta que fuese, por arruinado que tuviera su castillo, estaba dispuesto á no reparar en

ella, y á recomponer los torreones de éste ó reedificarlo de nuevo, así como tambien á reconstituir el esplendor de sus ilustres antepasados. M. Levrault hacia alto de vez en cuando en su perorata para preguntar su opinion al vizconde de Montflanquin.

—¿Qué dice V. á esto, señor vizconde?

—¿Qué le parece á V. de mi plan?

—¿Tengo ó no razon en pensar de este modo?

El señor vizconde escuchaba al parecer con aire distraido, movia de un lado á otro la cabeza y apenas contestaba, acaso porque queria ahorrarse á este vencedor el trabajo de forzar puertas que se hallaban abiertas de par en par, el de cañonear baluartes desmantelados, y de asaltar una plaza sin guarnicion. M. Levrault prosiguió exponiendo sus proyectos, y terminado que hubo esta empresa, abordó, valiéndose de una transicion ingeniosa, el porvenir y el destino del vizconde. Mostrábase asaz sorprendido el padre de Laura, y no acertaba, segun decia, á comprender cómo el heredero de una familia tan ilustre se condenaba voluntariamente á la inaccion y á la oscuridad, en vez de buscar para restablecer el esplendor de su casa. El vivo interés, el afecto casi paternal que Gaspar le inspiraba, le autorizaban para hablarle con la severidad que lo hacia.

Repetíale muchas veces que era muy culpable,

porque al concentrarse en sí mismo hacia traicion también á la memoria de sus antepasados.

—¿Cómo cree V., le preguntaba, que interpretarán su conducta las sombras consternadas de los Baudouin y los Lusignan?

El antiguo mercader de paños de la calle de los Bourdonnais trató esta parte de su discurso con una grandilocuencia, de la cual me guardaré muy bien de querer dar una remota idea; básteme decir, que un Rohan no se hubiera expresado con más pompa oratoria sobre los deberes que impone un nombre grande y preclaro. M. Levrault se admiraba á sí mismo, y se regocijaba interiormente de la actitud humilde de Montflanquin, que parecía abrumado bajo el peso de las duras verdades que le hacia escuchar, y el cual iba con la cabeza baja y deteniéndose de vez en cuando para llevarse la mano á la frente. Para irritar el ataque, disputaba al ex-mercader palmo á palmo el terreno, y recobraba algunas veces las ventajas que habia perdido. M. Levrault avanzó en la discusion por ende con la impetuosidad de un hipopótamo á través de las cañas que caen tronchadas á su paso. El vizconde se vió entonces precisado á confesar humildemente su derrota.

—¡Tiene V. mil razones! exclamó Gaspar con un gesto de resignacion. Las palabras acaban de derramar la luz sobre mi espíritu, y no puedo mé-

nos de reconocer que he faltado á todos mis deberes. ¡Pluguiera al cielo que le hubiera conocido á usted antes! Ilustrado, dirigido por su elevada inteligencia, no hubiera consumido yo en la ociosidad los mejores años de mi juventud. Al presente ya nó es tiempo. Al adherirme á la dinastia de Orleans, he quemado mis naves. No tengo más que decir una palabra para conciliarme el favor de la córte..... pero ¡ay!..... no la diré.

—Apruebo en un todo tan delicada conducta, señor vizconde, y no será seguramente un Levrault quien aconseje á V. nunca una accion villana. Crea V. que comprendo perfectamente la sublimidad de sus miras. V. no quiere que pueda suponerse jamás que su adhesion á esa dinastia es hija del cálculo ó del interés personal. La influencia que con ella tiene, desea sin duda reservarla para sus parientes más próximos y para sus amigos; para sí no apetece V. nada. Un Montflanquin se da, pero no se vende. Eso es muy bueno, muy grande, muy caballeresco; en el lugar de V. haria yo otro tanto. Pero felizmente, señor vizconde, tiene V. otro medio honroso y seguro para restaurar su casa, y recobrar en el mundo el elevado rango que le corresponde.

—¿Qué medio, amigo mio? preguntó Gaspar con una sonrisa de credulidad. Ya me ha hecho usted la honra de visitar mis estados, y sabe

tambien como yo lo que me han dejado las revoluciones.

—Señor vizconde, repuso M. Levrault con tono solemne; ya pasó el tiempo en que la plebe y la nobleza vivian entre sí como perros y gatos; y perdone V. esta expresion propia del vulgo. La nobleza y la plebe, rivales acérrimas en otra época, se han reconciliado bajo la sombra del trono de Julio, y estas dos grandes potencias tienden á estrecharse más y más cada dia, en tales términos, que no es raro ya verlas darse la mano recíprocamente, mezclar su sangre, confundir sus intereses y prestarse un mútuo apoyo. Ningun noble cree rebajarse ya por contraer matrimonio con la hija de un rico banquero ó con la de un gran fabricante. Yo conozco los sentimientos de V., señor vizconde, y creo que no haya pensado V. jamás en sublevarse contra esas alianzas que se hacen cada dia más frecuentes, y que vienen á ser como un símbolo de union entre lo pasado y lo porvenir de nuestra hermosa pátria.

—En el hecho de adherirme á la dinastía de 1830, repuso Gaspar gravemente, creo haber manifestado ya cuál es mi modo de pensar acerca de ese punto. ¿Qué otro objeto pudiera haberme inducido á dar semejante paso, sino el de inaugurar el sistema de fusion entre la clase noble y la plebeya? Era preciso que los personajes más elevados

diesen el ejemplo, y no he vacilado por lo tanto en ofrecerme. Siempre he procurado honrar cuanto me ha sido posible á la clase media, y jamás he hecho un misterio de las simpatías que me inspira; para manifestárselo no he aguardado tampoco á que se hallara en el poder. Yo aprecio sus trabajos y me inclino ante sus virtudes. Hija de sus obras, ella es quien rige y gobierna en el dia; ella la que representa las fuerzas vivas de la nacion, y ella es, en fin, asimismo, una aristocracia cuyos títulos están inscritos en todas las páginas del libro de oro de la Francia.

—Entiéndase empero, añadió M. Levrault, que aquí no hablamos de esa clase intermediaria que pertenece aun al pueblo por sus costumbres y por sus necesidades, sino de la alta banca, de la grande industria, que son las únicas que representan la nueva aristocracia. Ahora bien, señor vizconde: ¿qué inconveniente halla V. en buscar entre las filas de esta clase, á la que hace completa justicia, una alianza que le permita restablecer y sostener el brillo de su nombre? Supongo que no será su ánimo llorar eternamente á la señorita de Chanteplore. Nuestros deberes en este valle de lágrimas no se limitan á dar sepultura á nuestros muertos; se extienden á otras muchas cosas. Aquí me tiene usted á mí, sin ir más lejos; yo tenia un hijo, al cual tuvo Dios á bien llamarlo á sí; la pérdida de

este ángel, sin embargo, no me ha impedido ganar doce millones de reales. ¿Que se ahogó la señorita de Chanteplure? es una desgracia, concedo. Pero aun cuando llore V. más que el difunto Jeremías, sus lágrimas no lograrán restituirle la existencia. ¿Que la juró V. ser eternamente fiel á su memoria? Todos los amantes dicen lo mismo. Créame V., señor vizconde; ya es llegado el tiempo de que empiece V. á mirar la vida por el lado serio. Dios no nos ha puesto sobre la tierra para que vivamos gimoteando como chiquillos. La perpetuación de la raza y la herencia de un nombre ilustre, impone á aquel que la recibe la obligación de transmitirla. Escuche V., pues, por mi boca, lo que le dicen á coro los Montflanquin, los Baudouin y los Lusignan:

—«Vizconde Gaspar, es preciso casarse.»

Y embebidos en esta conversacion, el ex-mercader y Gaspar llegaron sin sentirlo al salon del castillo de la Trelade. Las palabras «Es preciso casarse» fueron pronunciadas ya en él, y el vizconde de Montflanquin, al oirlas, se dejó caer en una butaca y ocultó la cara entre las manos. En esta situacion permaneció largo rato, durante el cual le contemplaba M. Levrault en pié, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, y lanzándole miradas victoriosas.

—¡Ya es mio! exclamaba para sí el ex-mercader.

—¡Cayó en el lazo! pensaba interiormente Gaspar, riéndose para sus adentros y ébrio de gozo.

—Séame el cielo testigo, añadió éste con voz ahogada, que la ambicion no hubiera triunfado en mi alma jamás de la señorita de Chanteplure. ¿Qué me importan los honores, las riquezas, el esplendor de mi raza ni el brillo de mis blasones? ¡Perezca en la memoria de los hombres el nombre de Montflanquin, antes que en la mia el dulce nombre de Fernanda! Sí; yo habia jurado permanecerle fiel; pero ¡ay! el diamante se mella con otro diamante..... y el amor ha acabado por hacerme perjuro.

Y aparentando extremecerse por la confesion que acababa de escapársele, volvió la frente hácia el respaldo de la butaca donde se hallaba sentado, á fin de ocultar su turbacion y su vergüenza á las miradas de M. Levrault.

—¿Y bien, y qué? exclamó alegremente el ex-fabricante; ¡no será esta la primera jugarreta de ese género que habrá hecho á los mortales el Dios vendado! Laura, que sabe al dedillo toda la historia de Francia, me ha hablado mil veces de un rey á quien el amor de su dama impelió á reconquistar su reino. ¡Vaya por el amor, señor vizconde! ¿A qué viene ahora el ruborizarse por ello? ¿A qué el bajar los ojos? ¿A qué el ocultar de mi vista ese noble semblante? Alce V. la cabeza, héroe jöven.

Harto tiempo ha sufrido V., y harto tambien ha combatido; la señorita de Chanteplure no tiene nada por qué reconvenirle. Si sus manes no están satisfechos, ¡lléveme el diablo si atino que más pueden pedir! Continúe V., pues, hablándome con franqueza; complete su declaracion sobre la llama que arde en su pecho; confie V. á su antiguo amigo, á su viejo Levrault, el nombre de la hermosa dama que ha conseguido encantarle. Sea quien fuere, respondo á V. que obtendrá ser feliz con ella. ¿Qué familia no se apresurará gozosa á admitirlo á sus hogares? ¿qué mujer no se jactará con arrogancia de haber domeñado un corazon como ese? ¿Qué padre no se contemplará feliz con llamarlo á usted yerno suyo?

Imposible era que Gaspar pudiese resistir por más tiempo á tan seductoras palabras; así es que se levantó de un brinco, como uno de esos muñecos de resorte, cuando se abre la caja dentro de la cual están encerrados. Sobre su frente destellaba la felicidad de los elegidos, y por espacio de un momento estuvo como transfigurado. Dió algunos pasos hácia M. Levrault, que lanzaba sobre él miradas fascinadoras, y ya se hallaban prontos sus labios á dejar escapar el secreto de su alma, cuando abriéndose de improviso la puerta del salon, entró en él arrogantemente la señorita Laura, seguida del vizconde de la Rochelandier.

Tan brusca é inopinada aparicion hizo comprender á Gaspar que la estatua del comendador y la sombra de Banco eran, comparativamente con lo que á él le sucedia en aquel instante, juegos de chiquillos; el pobre vizconde se quedó como petrificado en el sitio donde se hallaba, y M. Levrault, por su parte, tampoco dejó de sorprenderse al ver entrar en su salon una visita, que no era el caballero de Barbanpré ni el conde de Kerlandec.

—Padre mio, le dijo Laura despues de reparar en la presencia del vizconde; presento á V. al marqués de la Rochelandier, el cual se ha dignado acompañarme hasta la Trelade.

Y la jóven refirió acto continuo en dos palabras la casualidad que la habia conducido al castillo del jóven marqués.

Gaspar hubiera estado de seguro mucho mejor en un lecho de espinas ó sobre las parrillas de San Lorenzo: de buen grado hubiera dado sus pergaminos, su condecoracion de la espuela de oro, y hasta la última piedra de su castillo, por sentir, aun con peligro de su propia vida, que se hundia el piso del salon donde se hallaba. Dentro de su pecho batallaban encarnizadamente la confusion, el despecho y la cólera. Para comprender su estado, figúrese el lector á un gavilan pronto á desplumar su presa, cuando llega un águila y se la arrebató de las uñas. En cuanto á M. Levrault, en-

tregado enteramente á sus preocupaciones, nada preveía ni sospechaba remotamente que pudiese haber alguna águila bajo la roca. La llegada de un marqués á la Trelade no habia cambiado lo más mínimo el curso de sus ideas; para él nada importaba semejante acontecimiento; ateniase meramente al vizconde, el cual bastaba para llenar su ambicion. Además de que no era ingrato, no le lisonjeaba tampoco la loca esperanza de hallar un yerno de más campanillas. Gaspar de Montflanquin era en su opinion el yerno modelo; M. Levrault creía que no era fácil hallar otro más adecuado á sus miras, ni aun hecho de encargo. La actitud de Gaston, por otra parte, no era tampoco la más idónea para trastornar la cabeza del gran fabricante. El marqués de la Rochelandier, grave, silencioso, frio y severo, tenia el continente arrogante que tan bien sienta á la pobreza, cuando se halla con la opulencia frente á frente.

—Ignoraba, señor marqués, que hubiese V. regresado á su castillo, se resolvió á decir Gaspar conociendo la necesidad en que se veía de arros-trar por todo.

Gaston le miró con altanería, y únicamente contestó con una ligera inclinacion de cabeza, pareciéndole que no debia bajo ningun pretexto aceptar papel de ninguna clase en la comedia que se estaba representando en la Trelade. De allí á

corto rato se despidió de M. Levrault y de su hija y se retiró lo mismo que habia entrado, es decir, sin saludar al vizconde.

Libre de la presencia de visita tan incómoda, Gaspar respiró mas á sus anchas. La aparicion del marqués, su corta estancia en el salon, la reserva de sus modales, el efecto que habia producido sobre M. Levrault, el silencio mismo de la jóven que hasta aquel instante se habia abstenido de hacer la alusion mas mínima al camino del Diablo, tranquilizaron casi completamente al vizconde, el cual se preparaba á reanudar con su futuro papá-suegro la conversacion fatalmente interrumpida en el momento más interesante; pero estaba decretado que Gaspar no habia de conseguir tan loable objeto.

—Señor vizconde, dijo á esta sazón Laura con una sequedad que nada bueno presagiaba: no sabia yo que hubiese semejantes la Rochelandier en las cercanías de nuestro castillo, y todavía lo estaria ignorando á estas horas, si la casualidad hubiese imitado la discrecion de V. Paréceme, sin embargo, que la marquesa de la Rochelandier y su hijo valen tanto al menos como el conde de Kerlandec y el caballero de Barbanpré..... y tenga en cuenta, señor vizconde, que no se extiende á V. mi comparacion,

—Por mi parte declaro que el tal marqués no